

REFLEXIONES



CRISIS, SISTEMA FINANCIERO VASCO Y AUTOGOBIERNO

CONSIDERACIONES INTRODUCTORIAS

Desde julio de 2007 el mundo se halla inmerso en la más importante crisis global sufrida desde la Gran Depresión de 1929. La crisis de las hipotecas de baja calidad norteamericanas, desatada durante el verano de 2007, fue punta de iceberg y detonante de una crisis sistémica, sin precedentes por su magnitud y ramificaciones. No es pacífico el debate sobre las raíces profundas de esta crisis, pero sí hay un amplio consenso que sitúa su origen en el sistema financiero: una combinación de liquidez excesiva y de tipos de interés bajos, inflamada por innovaciones financieras toleradas por autoridades monetarias y supervisoras,

dio lugar a una muy importante expansión crediticia basada en riesgos de calidad progresivamente decreciente y a burbujas especulativas de determinados activos, muy especialmente viviendas.

Este proceso se produjo en un entorno de ciclo económico de crecimiento excepcionalmente largo y boyante, que indujo a creer que los ciclos ya no existían y que se había dado paso al crecimiento continuo, y en el que los mercados secundarios de valores se habían acostumbrado a una dinámica de romper cotas al alza sin límite aparente. Vivimos acontecimientos sin precedentes que han de concluir en la obligada reconfiguración del sistema financiero internacional. En los últimos cinco años el crecimiento económico mundial ha

JUAN JOSÉ
ÁLVAREZ

CATEDRÁTICO
DERECHO INTERNACIONAL UPV/EHU
SECRETARIO GLOBERNANCE

estado lastrado por la evolución recesiva de las economías de los países desarrollados. A su vez, el sistema financiero internacional, y en particular el europeo atraviesa uno de los períodos más convulsos y complicados de su historia, especialmente por la fragilidad del sistema crediticio, por la debilidad presupuestaria de algunos Estados, y por las tensiones en los mercados de divisas.

El sistema crediticio, absolutamente básico para el funcionamiento del modelo económico vigente, se ha situado en el epicentro de la génesis y de las consecuencias de esta crisis financiera. La crisis ha hecho que se sometan a consideración algunos aspectos de su estructura y funcionamiento cuya resolución será determinante de su necesaria solvencia y estabilidad. En estos contextos cabe preguntarse por el futuro y la pervivencia de nuestro sistema financiero vasco.

La evolución del modelo de las cajas de ahorros debe hacerse desde el respeto a la importante función que han venido desarrollando en el sector financiero vasco, favoreciendo la inclusión financiera, potenciando si cabe aún más una obra social clave para la integración social y económica, y facilitando el acceso al crédito de familias y empresa. No es menos cierto, que, como ha podido comprobarse mediante un análisis comparado en el nivel estatal, con ese mismo modelo normativo y de gestión ha habido Cajas bien gestionadas y Cajas muy mal gestionadas. Tras la creación de Kutxabank, todos los datos apoyan su solvencia

La evolución del modelo de las cajas de ahorros debe hacerse desde el respeto a la importante función que han venido desarrollando en el sector financiero vasco, favoreciendo la inclusión financiera, potenciando si cabe aún más una obra social clave para la integración social y económica, y facilitando el acceso al crédito de familias y empresa

y la acertada decisión estratégica de la fusión. La clave radica, a futuro, en ser cautos, prudentes en políticas de expansión, garantizar calidad de servicio, aportar valor a familias y empresas, estudiar la diversificación en mercados externos y nuevos servicios, sin desvirtuar ni desnaturalizar su función, su misión al servicio del País.

¿Podemos garantizar a futuro que el espíritu fundacional de Kutxabank, heredero del de las Cajas, no se vea desvirtuado? El planteamiento competencial sería el siguiente: hemos trabajado con profesionalidad y diligencia responsable en la gestión de nuestras Cajas. Estamos soportando ahora las consecuencias del nefasto e irresponsable actuar de otros gestores de entidades bancarias, y todo ello ha encorsetado nuestro ámbito de trabajo y de crecimiento. Pese a todo logramos una fusión ejemplar, y que buscaba o pretendía el equilibrio entre las exigencias legales y la necesidad de no desnaturalizar la esencia de la obra social de cada una de nuestras Cajas, un ejemplo de mecenazgo cultural y socioasistencial clave en la vertebración de nuestros territorios. La amenaza del rescate vuelve a distorsionar nuestras previsiones, y hemos de utilizar todas nuestras herramientas de autogobierno, políticas y jurídicas, para hacer frente al riesgo de desnaturalización de todo ese entramado de obra social. El memorándum derivado del rescate exigirá que las cajas se desvinculen totalmente del banco resultante de la fusión, y las actuales cajas (bbk, kutxa y caja vital) pasen a ser meras

fundaciones especiales, cuyo patrimonio y cuyos fondos ya no colgarán o dependerán del negocio bancario, sino que deberán buscar sus fuentes de apoyo. En nuestro caso, disponemos de una ley vasca propia de fundaciones y un Protectorado de fundaciones, y no debemos aceptar de forma mimética esta derivada del rescate, debemos proteger la subsistencia de las respectivas obras sociales, utilizando nuestras herramientas jurídicas y políticas propias, y garantizando que el negocio bancario siga ligado a la dimensión social de nuestros territorios.

LA DIMENSIÓN EUROPEA, CLAVE PARA SALIR DE LA CRISIS

Ninguna de las causas de la tremenda crisis económica, financiera y social que nos sacude han tenido su origen directo en nuestra economía vasca. La globalización y la interconexión entre mercados, entre la economía de papel y la real o productiva, entre la dimensión financiera global y las economías regionales y las familiares han impedido colocar “diques” o frenos a la ola de este tsunami financiero que nos ahoga. Todavía es tiempo de exigir responsabilidades, sin duda, pero junto a ello, y ahora que iniciamos el nuevo año 2013, debemos mirar al futuro de frente y tratar de superar esta sensación colectiva de cierta angustia, de zozobra, de temor al futuro que nos atenaza y nos sumerge en un pesimismo tan peligroso como la falsa sensación de euforia vivida en los tiempos de bonanza económica.

En este contexto, insertos ya de pleno en la nueva legislatura, cabe preguntarse qué margen de maniobra va a tener el nuevo Gobierno Vasco, con Iñigo Urkullu al frente del timón, cómo poder combinar la disciplina con la capacidad para adoptar de forma responsable y acertada las decisiones, cómo trabajar para liderar y no solo gobernar,

y todo ello ante el estrecho margen de maniobra que nos deja este catártico escenario económico. Una de las claves va a radicar en saber y poder trasladar a la sociedad vasca un mensaje realista, que nos haga ser conscientes del duro momento que vivimos, y que sea a la vez un mensaje creíble de esperanza en el futuro. En una reciente entrevista, el presidente francés François Hollande dijo algo de crucial importancia, pero que frecuentemente se olvida: afirmó que existen límites al nivel de sacrificio que cabe exigir a los ciudadanos.

Necesitamos creer en la esperanza del futuro más allá del horizonte de recortes, de gastos y de medidas de austeridad que cada vez aprietan y complican el devenir de las maltrechas economías domésticas. El pesimismo instalado en la

mentalidad ciudadana colectiva deriva en gran medida de esa ausencia de promesas creíbles en un futuro mejor, en pensar que puede verse la luz al final de este oscuro y largo ya túnel. A medida que la confianza de los consumidores declina y el poder adquisitivo de los hogares disminuye se profundiza en la recesión, y los pronósticos sobre cuándo llegará a su fin esta dura situación económica se alejan en el tiempo, porque la enorme crisis de demanda, de dimensiones nunca conocidas como la actual, gripa o bloquea el motor de la economía y las familias, y los ciudadanos que sufren los embates de la austeridad están perdiendo la esperanza y la ilusión ante los negros nubarrones que asoman y que impiden “civilizar” y dominar ese futuro colectivo.

En estos momentos la hueca retórica del sacrificio, bajo la bandera de la austeridad es, por sí sola, ineficaz para salir de la actual crisis de Europa. Todo ello plantea la exigencia y el reto del liderazgo político, y permite reivindicar el momento de Europa y de sus instituciones: es el momento de reconquistar el futuro, alejado de una mera suma de expectativas individuales, desligadas

El presidente francés François Hollande dijo algo de crucial importancia, pero que frecuentemente se olvida: afirmó que existen límites al nivel de sacrificio que cabe exigir a los ciudadanos

de realizaciones colectivas. La solución a este largo y oscuro túnel no puede venir de la mano de soluciones de rescate ad hoc y unilaterales. La respuesta a esta cuestión debe comenzar por una evidencia: la impotencia de los Estados-Nación frente a las consecuencias de la globalización. Es la hora de apostar más por la UE, porque el diseño institucional y las herramientas de que disponen los Estados por sí solos devienen insuficientes para hacer frente a las dinámicas desencadenadas por los mercados globales.

La complejidad y la magnitud de la crisis pone de manifiesto estas carencias, y realza la importancia de la dimensión Europea, que deriva en un factor clave al resultar más apropiada y eficaz que la suma atomizada de ámbitos estatales tradicionales. El desafío que supone para nuestra clase política y nuestra sociedad la dimensión de esta crisis aporta argumentos adicionales para apostar por Europa, una Europa abierta, no cerrada sobre sí misma.

La actual resistencia a la austeridad en Europa no tiene sus raíces en una hostilidad general y acrítica hacia el sacrificio y a los esfuerzos de mayor contención de gasto y mayor presión fiscal. Lo que ocurre es que los europeos han llegado a creer que sus líderes están exigiendo sacrificios que no conducen al progreso de sus intereses, sino que perjudican a éstos. Cuando no existe una finalidad clara que lo justifique, el sacrificio se torna en un sinsentido.

Los líderes políticos deben ser capaces de transmitir a sus ciudadanos esperanzas renovadas. La legitimidad de Europa – basada en la obligación, consagrada en el vigente Tratado de Lisboa de la Unión Europea, orientada a promover “el bienestar de su población” – está en juego. Nuestro problema no revela solo una incapacidad para anticiparse a los problemas, sino que muestra además nuestra reticencia a actuar. Por todo ello,

ponernos de acuerdo en definir esos intereses comunes es clave para iniciar el camino hacia un futuro mejor. Ha de ser, por encima de otros intereses partidistas, el primer, obligado y fundamental ámbito para el consenso político y social.

VALORES Y EXIGENCIA DE RESPONSABILIDADES ANTE LA CRISIS

Hay una dimensión financiera y una dimensión moral de esta crisis que estamos soportando, motivada no solo por una defectuosa o inexistente regulación o a la falta de verdadera supervisión sobre la voracidad lucrativa de los operadores. Es también el resultado de una crisis de valores. Y junto al necesario y obligado rearme moral y ético de los operadores y de quienes rigen los mercados, es preciso articular un andamiaje, un mecanismo normativo novedoso, sólido, estructural y no meramente coyuntural. La intensidad de la crisis económica, de proporciones tectónicas, pone también de manifiesto la falta de sincronía entre los tiempos de la economía y de la política.

La velocidad a la que se desencadenan movimientos en la esfera económica contrasta con la falta de impulso político para responder con eficacia al reto que representa la necesidad de “reinventar” una nueva escala de valores o de alterar la cultura del enriquecimiento individual especulativo, y ello se pone de manifiesto en el plano europeo, estatal y vasco. Inmersos de lleno en la dureza

de ajustes y recortes, lo que más indignación ciudadana y social despierta no son tanto las sumas faraónicas inyectadas en el mercado, ni los diversos fondos de rescate que se han articulado, sino la identidad de los destinatarios de dicho dinero: por un lado las entidades bancarias, que consintieron, aceptaron y se lucraron a costa de promover la circulación de ese eufemismo

Los líderes políticos deben ser capaces de transmitir a sus ciudadanos esperanzas renovadas. La legitimidad de Europa – basada en la obligación, consagrada en el vigente Tratado de Lisboa de la Unión Europea, orientada a promover “el bienestar de su población” – está en juego

llamado “activos tóxicos”, es decir, activos sobrevalorados sin ambages, y en segundo lugar los propios Estados que han vivido por encima de sus posibilidades y que no consiguen liquidez. Sorprendentemente, en lugar de ser sancionadas, estas desviaciones de conducta se están viendo recompensadas, cuando no incentivadas.

La pregunta que cabe hacerse es cómo es posible no haber iniciado, a estas alturas de la crisis, ni una sola acción en reclamación de responsabilidad frente a los causantes y/o responsables de la misma. Como siempre el eslabón más fácil y débil, el de los ciudadanos, soporta estoicamente recortes y asume las sanciones y consecuencias en caso de incumplimiento de sus obligaciones de pago. Pero el principio de la responsabilidad parece no vincular a ciertas personas e instituciones que gozan de aparente inmunidad.

grave violación de esta regla. Ante los llamamientos cada vez más acuciantes de mayor justicia, los “rescatadores” oponen el imperativo de eficacia. Cuando un banco se hunde, arrastra al resto en su caída, y los pequeños ahorradores por su parte pierden sus ahorros. Cuando un Estado vacila, todos vacilan y el orden público se rompe. Y son los más desfavorecidos los primeros en sufrir las consecuencias. En una palabra: rescatar sale más barato que declarar la quiebra. Todo parece “cuadrar”, pero difundir estas ideas no está exento de riesgos.

Como señalaba recientemente el analista alemán Mark Schieritz, si se constata que los rescates se justifican en un plano financiero pero socavan el fundamento moral de la economía de mercado, incluso de la sociedad, Europa se verá en la penosa situación de tener que escoger entre

“Las inversiones son más cuidadosas conforme mayor responsabilidad recae sobre el inversor. Los excesos o las desviaciones de conducta están provocadas únicamente por la ausencia de dicha responsabilidad”

No debemos olvidar que cada uno es responsable de sus actos. El riesgo y la responsabilidad son indisolubles y ése es el fundamento del sistema. Es lo que permite al mercado transformar la búsqueda de beneficio individual en interés general.

“Las inversiones son más cuidadosas conforme mayor responsabilidad recae sobre el inversor. Los excesos o las desviaciones de conducta están provocadas únicamente por la ausencia de dicha responsabilidad”, escribía en los años 40 el economista de Friburgo Walter Eucken, uno de los maestros del pensamiento de la economía de mercado. Todavía hoy en día, la mayor parte de los expertos suscriben ese análisis. Y sin embargo no se inician acciones en reclamación de tal acreditada responsabilidad.

¿Por qué? El rescate de los Estados o de los bancos se percibe necesariamente como una

la prosperidad y la justicia. Una decisión de este tipo no se puede tomar a la ligera. No cabe colocar a la economía por encima de todo, porque ello implica el serio e irreversible riesgo de arruinar los valores morales.

REFLEXIÓN FINAL: DEMOCRACIA, CRISIS Y MERCADOS. EL TIEMPO DE LA POLÍTICA

La intensidad de la crisis económica que nos afecta, de proporciones tectónicas, pone de manifiesto la falta de sincronía entre los tiempos de la economía (los mercados) y de la política. La velocidad a la que se desencadenan movimientos en la esfera económica contrasta, hasta el momento, con la falta de impulso político para responder con eficacia al reto que representa la

necesidad de “reinventar” una nueva escala de valores o de alterar la cultura del enriquecimiento individual especulativo, y ello se pone de manifiesto en el plano europeo, estatal y vasco. Esa falta de sincronía entre los sistemas sociales (y particularmente entre el tiempo de la economía y el tiempo de la política) ralentiza la salida de este túnel en que nos ha sumergido la crisis, porque la política exige reflexión, discusión, debate, y las innovaciones en otros ámbitos discurren a un ritmo vertiginoso. Pero ese desajuste entre ambas esferas no debe conducir a la demonización de la respuesta política. Al contrario: una sociedad sin debate político será siempre una sociedad menos libre y menos justa.

Suele afirmarse que la ciencia política promete más de lo que cumple, y lo cierto es que hasta el momento no ha logrado fijar un

pensando en sus ciudadanos, no pueden comportarse como fríos tecnócratas o meros gestores de decisiones gestadas en el seno de foros técnicos, solo en apariencia asépticos y que se guían por la lógica de los mercados. El papel del político reside en idear las reglas, elaborar las leyes y hacer que se cumplan: en este caso, evitar que los especuladores especulen.

Nuestra economía vasca se sustenta en muchos años de impulso empresarial y en una política industrial pionera y audaz, consolidada y reforzada por gobiernos anteriores frente a voces escépticas que despreciaban (como si de un mero capricho político se tratara) o se mofaban, desde la ignorancia (“la mejor política industrial es la que no existe”, se llegó a afirmar). Y se fijaron así bases sólidas, desde los años ochenta, en nuestro tejido productivo y educativo.

No basta con hacer seguidismo ciego y acrítico de todas las medidas propuestas por parte del Gobierno español. Debemos proyectar sobre Euskadi un elenco de respuestas específicas frente a la crisis, y para ello es necesario e imprescindible desarrollar todas nuestras competencias pendientes. Por responsabilidad y por liderazgo político

guión que permita atisbar una salida a la crisis. ¿Y la ciencia económica? Se asimila, desde su impotencia, a la ciencia médico-forense, porque se limita cada vez más a analizar las causas por las que ha fallecido el “paciente” (la economía) al que debía curar.

En parte por miedo, en parte por desconocimiento de las reglas de juego de los mercados, la parálisis, seguida de la improvisación y de la ocurrencia, ha sido la reacción más extendida entre los gobernantes ante el agravamiento de la crisis. Mantener esta tendencia conduciría a la autodestrucción de la política, que ha de sustentarse en la transparencia, en la franqueza, en el poder de liderazgo y de persuasión y en la profundización de la democracia, ahora más que nunca.

Los políticos no pueden olvidarnos, no pueden renunciar a gobernar y a tomar decisiones

El nivel de nuestra formación profesional, por ejemplo, es comparable al alemán, y la formación es garantía de productividad. Sacralizamos en exceso, y con demasiada frecuencia, los parámetros o indicadores macroeconómicos, como el PIB, que marca, en efecto, un crecimiento cuantitativo, pero que no es un indicador infalible para medir la prosperidad y el bienestar. Y detrás de esos indicadores, y de las visiones comparadas, hay que valorar el diferencial de productividad. No es casualidad que nuestras empresas obtengan buenas notas en esta comparativa respecto a las españolas. Y esto no es un engruimiento colectivo frente a nadie. Es una evidencia, que no debe frenar la laboriosidad ni la disciplina para salir adelante, pero que debe colocar a cada cual en su lugar, y que exige “recetas” no miméticas ni idénticas. Ante economías divergentes, ante diferenciales de eficacia económica entre Euskadi

y España tan importantes como las que cabe apreciar en sectores específicos no cabe aplicar unas medidas uniformes.

Como dicen los expertos (y esto es extrapolable a la economía) la diferencia entre la medicina y el veneno está en la dosis. No basta con hacer seguidismo ciego y acrítico de todas las medidas propuestas por parte del Gobierno español. Debemos proyectar sobre Euskadi un elenco de respuestas específicas frente a la crisis, y para ello es necesario e imprescindible desarrollar todas nuestras competencias pendientes. Por responsabilidad y por liderazgo político.

Ha de cobrar protagonismo el ritmo político, el liderazgo político, pero ha de ser una política que supere la mera improvisación inteligente del “ir tirando”, una política que supere la simple agitación en superficie, esa falsa movilidad como señuelo para que en realidad no cambie nada, un

Es el tiempo de la política, es la hora de hacer política de verdad para ganar el pulso a los mercados. Nuestro futuro depende de ello

pseudomovimiento que en realidad disfraza la ausencia de toma de decisiones.

La política ha de ocupar el primer plano de las decisiones económicas, más aún en un contexto de ruptura del sistema financiero como consecuencia de un gran movimiento macroeconómico de proporciones tectónicas, en el tortuoso “iter” o camino recorrido desde la crisis financiera hacia la crisis económica.

La clase política dirigente tiene problemas para atender en tiempo real a cada una de las consecuencias derivadas en serie de esta crisis, debido probablemente a que hasta el momento han buscado las causas de la misma exclusivamente en el sistema financiero. Es el tiempo de la política, es la hora de hacer política de verdad para ganar el pulso a los mercados. Nuestro futuro (y la superación de este duro presente) depende de ello.

